

Jamaica del resto de los países latinoamericanos. Que la organización política que gobierna y es mayoritaria en el Parlamento, el Partido Nacional Popular (PNP), al que pertenece Manley, mantenga propuestas socialistas no es una casualidad. Independizada en 1962 de Inglaterra, la sociedad jamaicana está influida por los patrones liberales de su metrópoli, como así también por el protestantismo —frente al catolicismo en casi toda América Latina—, y por un contexto: el Caribe actual, que favorece las tendencias progresistas, que oscilan desde el comunismo cubano a la socialdemocracia a la latinoamericana de Venezuela. A niveles estratégicos mundiales, la zona del Caribe ya no guarda la importancia de otras épocas para USA, en tanto el canal de Panamá ha perdido valor económico y militar. Lo que sí pretenden seguir acaparando los Estados Unidos en el área son las materias primas y mercados. De ahí que no basten las buenas intenciones de Manley de llegar a un socialismo "democrático", impregnado con grandes dosis de religiosidad. Los procesos progresistas de Jamaica y Guyana pueden evolucionar hacia el socialismo o limitarse a instrumentar una modernización capitalista de las ex colonias, lo que, de llegarse sólo hasta ahí, favorecería a las multinacionales.

Y son éstas, y no solamente las del aluminio, las que vienen presionando al Departamento de Estado, al Partido Conservador jamaicano y a la rama más moderada del PNP para que Manley no siga adelante con sus proyectos de reforma agraria, formación de cooperativas en el campo, fomento a la vivienda para trabajadores, controles de precios y de evasión de capitales, y otras medidas que las perjudican. A esto se suma la intención del Gobierno de formar una "OPEP" de la bauxita, al tiempo que está adquiriendo (no expropiando) hasta el 51 por 100 de las acciones para explotar el mineral en forma conjunta con el capital extranjero. Ha sido el Fondo Monetario Internacional quien logró que el Gobierno en los últimos meses pegara un giro a la derecha a cambio de concederle un préstamo necesario para sostener su deuda externa. Como ha pasado en otros países, el imperialismo apunta sus armas y Manley tendrá que definir el rumbo a tomar. ■ MARIANO AGUIRRE.

Rezando espero

Una de las actitudes más difíciles de soportar en el prójimo

es la autohumillación. Como esa opresiva *self-pity* de Chaplin, tan en contraste con la triunfante megalomanía de Buster Keaton. Por esta razón, dudo mucho de que nadie se atreva a calificar a Salvador Dalí de artista, como no calificaría de artista a la mujer barbuda que se exhibe en un circo. Dalí es un hombre enriquecido gracias a su autohumillación, al espectáculo de su bajeza, y eso le sitúa en el terreno de otros animales autohumillados que pueden ser personajes de comedia, pero nunca autores de la misma.

Sin embargo, Dalí no siempre se exhibió bajo el disfraz de siervo pintoresco. Hubo un tiempo en que incluso estuvo a punto de ser interesante. En esa época, alrededor de 1930,

pular cuadro de Millet que representa una pareja de campesinos abandonando la labor para rezar el Angelus al oír repicar la campana de la iglesia. Naturalmente, en el cuadro no se oye la campana, sólo se ve un campanario al fondo. Tampoco sabemos lo que están pensando los labriegos: ¿rezan una oración?, ¿y qué oración?, ¿piensan lo mismo?, ¿piensan algo? Ignoramos también lo que vaya a suceder tras el rezo. Ni siquiera podemos decir que el rezo terminará algún día. La pintura, a poco que no se catalogue, continúa siendo el acertijo descomunal, la incomprensible sacralización del engaño y la bidimensionalidad.

Dalí se sitúa ante ese enigma completo y comienza a derivar más o menos psicoanalítica



"El Angelus", de Millet.

todavía experimentaba consigo mismo y no se tomaba con la faraónica seriedad de ahora. Basta ver *L'age d'or* para darse cuenta de que Dalí en aquellos años era capaz de engañar a una persona tan lúcida y astuta como Buñuel. Luego rebajó su precio.

Por aquellos años, Dalí escribió un trabajo que ahora ha editado con sumo cuidado Oscar Tusquets: *El mito trágico del "Angelus" de Millet* (1). Se trata de un texto absolutamente interesante no sólo por lo que dice, sino también por lo que permite poner en práctica. Me refiero al cultivo de la histeria (como aquella llaga que Artaud se rascaba con un punzón) o de envidiables obsesiones. En el caso de Dalí, la obsesión escrupulosamente cultivada es el po-

(1) Salvador Dalí: *El mito trágico del "Angelus" de Millet*. Tusquets Editor, 1978.

(se trata de delirar, no de analizar el delirio) que poco a poco y con sorprendente fuerza va modificando la pintura. Pronto las figuras se hacen dignatarios fúnebres custodiando el féretro del primogénito; son luego menhires enfrentados que evocan, sin transición, la memoria perdida de un coito canibal: el campesino está ahora ante la "Mantis religiosa"; la hembra, con cautela, se ha cargado de un potencial agresivo que explica el recogimiento expectante del macho. Cuando termina el Angelus, el campesino se abalanza sobre su pareja para sodomizarla, pero ella, sin darle tiempo a gozar del acoplamiento, le devora las entrañas.

Como en la mejor experiencia alucinatoria, la pintura de Millet se convierte en un objeto adecuado para ser sumergido en un cubo de leche, en gallina y sus polluelos, en batracio in-

fame, en fetiche (un perturbado, cliente de Lacan, intentó destruir el cuadro en el Louvre y fue detenido), en esas cerezas que los niños se cuelgan de la oreja. Por supuesto que las transformaciones van acompañadas de una farragosa —y no siempre correcta— literatura, pero nadie va a pedirle al autor exquisiteces literarias, como nadie le pediría a Buñuel elegancias formales. Lo esencial es que el texto permite ver el cuadro de Millet desde sugestivas perspectivas, a las que difícilmente podría accederse sin el delirio suministrado por Dalí.

Sólo en un punto Dalí ha sido ciego. El Angelus es una Anunciación, es el descenso de un ángel sobre una Virgen que concebirá un Dios. El terror y la sorpresa de la Virgen, junto al *Fiat mi* de la esclava, proporcionan componentes nada desdenables de catatonía. Que la "Mantis" devore a un ángel para concebir un Dios cambia el signo del macho.

En cualquier caso, es una lástima que se trate de Dalí. O mejor dicho, es una lástima que se trate de una persona muerta, alguien que nos dejó sus sueños antes de convertirse en una herramienta arrinconada. Gracias a un abandono patético, este ensayo permite olvidar al botarate de Figueras e imaginar que el tronco corrompido tenía raíces sanas. Y el encono sólo tiene una justificación: ante el "corpus" concluso de la pintura (que ha sido la primera entre las artes tradicionales en asumir conscientemente su desaparición), casi todos los textos sobre la visión vienen desde territorios ajenos al ojo: las *Meninas* de Foucault, el Van Gogh de Artaud, el Füssli de Starobinski, etc. No tuvimos la suerte de que Velázquez delirara ante *La tempestad*, pero es imperdonable que un buen visionario, profesionalmente atado a su ojo, decidiera morir a cambio de un plato de lentejas.

Aun así, a pesar de la obvia irritación que puede despertar la lectura de Dalí, el *Mito trágico* es una obra maestra de pedagogía. La documentación gráfica reunida por Tusquets es soberbia, y la invitación a ver el mundo como un conflicto de ortópteros, monumentos megalíticos y canibales, una de las más divertidas de la temporada. ■ FELIX DE AZUA.

Ideología y conflictos de clases

Sin duda, el mejor espejo para contemplar la actualidad, así